CINECLUB NUCLEO

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **61**
Exhibición Nº
7925 7926

Espacio INCAA
Cine Gaumont

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, martes 9 de diciembre de 2014

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

CALVARIO

(Clavary, Irlanda / Inglaterra - 2014)

Dirección: JOHN MICHAEL MCDONAGH. *Guion*: John Michael McDonagh. *Dirección de fotografía*: Larry Smith. *Diseño del film*: Mark Geraghty. *Música original*: Patrick Cassidy. *Montaje:* Chris Gill. *Sonido*: Rob Hughes. *Vestuario*: Eimer Ni Mhaoldomhnaigh. *Elenco:* Brendan Gleeson (Padre James), Chris O'Dowd (Jack Brennan), Kelly Reilly (Fiona Lavelle), Aidan Gillen (Dr. Frank Harte), Dylan Moran (Michael Fitzgerald), Isaach De Bankolé (Simon), M. Emmet Walsh (escritor), Marie-Josée Croze (Teresa), Domhnall Gleeson (Freddie Joyce), David Wilmot (Padre Leary), Pat Shortt (Brendan Lynch), Gary Lydon (Inspector Stanton), Killian Scott (Milo Herlihy), Orla O'Rourke (Veronica Brennan), Owen Sharpe (Leo), David McSavage, Michael Og Lane (Mícheál), Mark O'Halloran, Declan Conlon, Anabel Sweeney, Una C., Doug Matthews. *Producción*: Chris Clark, Elizabeth Eves, Aaron Farrell, Flora Fernandez-Marengo, James Flynn, Patrick O'Donoghue. *Producción ejecutiva*: Ronan Flynn, Robert Walak. *Productoras*: Reprisal Films, Octagon Films, Lipsync Productions, Irish Film Board. *Duración*: 102’.

Este film se exhibe por gentileza de Diamond Films

El Film

El padre James es un buen hombre. Atiende el confesionario con dedicada disciplina y recorre el pueblo tratando de cerrar las grietas de dolor que amargan a sus familias. Cree en las buenas palabras de la capilla, pero también en las acciones de la calle. Todos acuden a él, desde los feligreses de siempre hasta los que pisan la iglesia sólo para funerales y casamientos: mujeres golpeadas, adolescentes suicidas, carniceros violentos, escritores frustrados. Un espécimen de aquellos llegará un mal día al confesionario y le dirá que lo matará dentro de una semana. Agregará que a los siete años fue violado sistemáticamente por un sacerdote del colegio y que tal huella no lo deja vivir. También, que de nada sirve matar curas malos y que por eso lo liquidará a él. Al buen padre James.
El inicio de **Calvario**, película del realizador de origen irlandés John Michael McDonagh anuncia en sus primeros cinco minutos la parábola de un eventual sacrificio. El sacerdote que protagoniza la historia (Brendan Gleeson) fue antes de cura, un hombre casado e incluso tiene una hija (Kelly Reilly). Tras enviudar, encontró su vocación sirviendo en un alejado pueblo costero al noroeste de Irlanda. Ahora, parece que a su vida sólo le quedan siete días.
Elogiada en el Festival de Sundance 2014 y ganadora del Premio del Jurado Ecuménico en el Festival de Berlín, **Calvario** se introduce en el tópico de los pecados de la Iglesia desde una óptica diferente: a través de la historia de un sacerdote íntegro que paga por los abusos sexuales de miembros de su institución. “Hay una tendencia a hacer cintas sobre abusos sexuales dentro de la iglesia católica y básicamente quise contar esa historia, pero desde otra perspectiva”, cuenta McDonagh.
Con una trama que crece en tensión minuto a minuto, **Calvario** tiene también humor negro. “No me quedaba otra alternativa. Todo es demasiado dramático, así es que entre medio introduje escenas con algo de sarcasmo”, agrega McDonagh. Bastante de aquel humor está en los tipos humanos que la película va exhibiendo, pero también en el propio padre James. “Es un hombre con pasado y es abierto de mente. No es un ignorante y no es inocente. Por eso quise que fuera un sacerdote que antes había sido un tipo casado. Cuando él da consejos a sus feligreses, sabe de lo que habla. Sabe lo que es el sexo y el matrimonio.

Buena parte de los problemas que actualmente tiene la Iglesia Católica es porque tienen seminaristas que entran a los 17 años y no saben nada de la vida”.
McDonagh tiene una visión pesimista del futuro de la Iglesia católica en Irlanda. “Mi protagonista es bueno, pero es al mismo tiempo un dinosaurio. Un sacerdote de esos que ya no existen. La Iglesia católica está casi acabada en Irlanda. La mitad de la población no va a misa y a los jóvenes no les interesa. Si alguien tiene una vocación de ayuda, es probable que estudie una carrera de trabajo social antes que optar por la Iglesia”, dice McDonagh.

(Rodrigo González, extraído de www.latercera.com)

Timor mortis conturbat me. Cada uno busca la redención a su manera, pero lo que está demostrado es que todo aquél que conoce, con cierta exactitud, la fecha de su muerte —ya sea por enfermedad, voluntad propia o, como es el caso, advertencia de una segunda persona con propósitos homicidas— buscará, sobre todo si es creyente, el avenimiento con sus semejantes (amigos o enemigos) y la salvación (*in extremis*) de su conciencia. Algunos, pecadores por naturaleza, se conformaban con una austera extremaunción, deseando que ésta fuera suficiente para convencer a San Pedro de su arrepentimiento; otros, igual de pecadores pero con más recursos, confiaban en que su poder económico los sacara, una vez más, del aprieto mediante la oportuna compra de una indulgencia (o puede que dos si su generosidad los movía a asegurar la salvación de algún ser allegado), que actuase a modo de contrato blindado garante de una parcela de cielo, e hiciera menos estresante la transición a la vida eterna, contribuyendo (generosamente) con la iglesia para que ésta mediara a su favor en caso de que algún pecado no expiara con un simple padre nuestro. Pero, ¿qué ocurre con los no pecadores? Personas como el padre James Lavelle, incorruptibles, generosos y desinteresados que, por otro lado, tienen que pagar a diario la lacra de un hábito que inspira más desconfianza y antipatía de la que solía hace unos años. Calvary muestra ese proceso de reconciliación personal que tiene que afrontar un hombre al que se le ha dado una semana de vida, un castigo que vendrá impuesto por el imperturbable tradicionalismo del “pagar justos por pecadores”.
La trama arranca con el pecado de la ira. Una ira acumulada durante largo tiempo de silencio, sufrimiento y vergüenza, creciendo lentamente en el interior y macerando un diabólico plan de venganza que será, finalmente, anunciado en esa primera secuencia a modo de confesión de un hombre (desconocido para el público, pero conocido por el párroco) quien le advierte que le va a quitar la vida en el plazo de una semana —un domingo, para recrearse en la blasfemia—. Una víctima del abuso eclesiástico a menores que ha decidido que la mejor (y más justa) manera de devolver tamaño acto de crueldad es la de atentar contra la única figura representativa de la inocencia (esa pureza que tantos pederastas han arrebatado impunemente) que conoce en la diócesis: “voy a matarte, padre, porque eres inocente”, declara impasible el misterioso confidente. El hecho de que la bondad sea representada por un cura no es, ni mucho menos, una defensa en favor de la iglesia, sino una metáfora (como ya la representaran magistralmente Berlanga en 1956 con **Calabuch**, **o Galdós** (1895) / Buñuel (1959) con **Nazarín**) de lo paradójicamente extraño que resulta contemplar un comportamiento moralmente correcto en una figura que supuestamente vive para enseñar la moral. Desde ese testimonio / amenaza, comenzará la penitencia del protagonista que tendrá que arrastrar su “cruz” por un mundo corrupto y enfermo, hasta llegar a su particular monte del calvario. Y el camino no será fácil, la verdad es que no habíamos visto un nivel de hostilidad mayor hacia una buena persona desde **Perros de paja** (*Straw Dogs,* 1971) de Sam Peckinpah.
Tras la ira, Lavelle tendrá que hacer frente a otro pecado, la pereza. La pereza de aquellos que han dejado de luchar y se rinden a un final prohibido y desesperado. El frustrado intento de suicidio de su hija traerá más complicaciones a la cabeza del atormentado sacerdote que, pese a su inminente final, sigue dispuesto a luchar por sus “infieles” y a no darse por vencido con ninguno de ellos. Así, iremos avanzando poco a poco, contando los días restantes hasta el próximo domingo como si de una fatal cuenta atrás se tratase, mientras presenciamos el resto de excesos y pecados (ajenos) a los que el confesor tendrá que hacer frente. Desde la soberbia y la avaricia propias del capitalismo prepotente y la displicencia emocional, a la desdeñosa lujuria y envidia. Un viaje al oscuro comportamiento humano, que tan bien describió Hjalmar Söderberg en su novela *Doctor Glas* (1905), de la que John Michael McDonagh se hace eco mediante una sensacional cita: “La gente quiere ser amada; en su defecto, admirada; en su defecto, temida; en su defecto odiada y despreciada. Quieren evocar algún tipo de sentimiento. El alma se estremece ante el olvido y busca la conexión a cualquier precio”. McDonagh se olvida del hilarante humor de su anterior filme **El irlandés** (*The Guard,* 2011), para buscar un resultado mucho más dramático y sombrío, algo que contrastará con la impecable imagen, a cargo de Larry Smith, que mostrará la apabullante belleza de un país que pugna por proclamarse como el más fotogénico del mundo.
Brendan Gleeson trenza una actuación sensacional, sin lugar a dudas, uno de los puntos fuertes de la película es el actor dublinés quien, con su innumerable abanico de registros, no deja de sorprendernos con cada uno de sus impecables trabajos. “Father, what do you hear what do you say?” preguntaba insistentemente a modo de chascarrillo James Cagney a Pat O’Brien en **Ángeles con las caras sucias** (*Angels with Dirty Faces*, 1938), otra de las referencias que hemos podido encontrar en el guion escrito por el propio director. Y en efecto mucho ha oído el padre Lavelle, pero poco (o nada) ha dicho, al menos ha tratado de mantener un astuto silencio reflexivo mientras indagaba en la mente de esos Siete psicópatas (o más) cuyo principal pasatiempo era hacerle la vida imposible. De esta manera llegamos por fin, como si de la campanada número doce del día del juicio se tratase, al inexorable “Dies Irae”, donde la meditación —tanto del protagonista que tendrá que hacer frente a sus demonios, como del espectador que saldrá finalmente de dudas en cuanto al autor de la amenaza— dará paso a la explicación, entendimiento y, en última instancia, resolución. Así pues, sin más redención que buscar, se tratará de hacer caso a lo que dice la

Biblia, o decía hasta que se decidió dejar de reconocer ciertas escrituras llamadas ahora “apócrifas”: «Bienaventurados los que no tienen hambre de justicia, porque saben que nuestra suerte, adversa o piadosa, es obra del azar, que es inescrutable».

(Alberto Sáez Villarino, extraído de www.elantepenultimomohicano.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas